

—mí, habría muerto mil veces antes de emprenderlo..... pero tengo dos niños.....

—No me entendeis! le interrumpió el director de la policía real. Qué me importan vuestros dos hijos y vos!..... Digo que á vuestra edad, ya no se tiene esa lijereza, esa actividad.....

—Tenga vuesencia la bondad de oír mi informe, le interrumpió á su turno el pobre agente; no pretendo ser muy hábil..... pero antiguas relaciones..... y la casualidad..... me han servido, hasta el punto de que puedo poner al gobierno del rey sobre la vía, para cojer á todo un ejército de malhechores.

—Mientras vivais, amigo, dijo Johann burlándose, no faltará quien os elogie..... Veamos vuestro informe.

El número 133 sacó de su bolsillo una vieja cartera y la abrió.

—Antes de comenzar, dijo Spurzheim, como si se le hubiera ocurrido una idea; decidme; os habeis hallado, comprado ó robado ese sello que usais para cerrar vuestras cartas?

—Mi pobre sello!..... Vendíendolo, hubiera tenido pan para los niños..... pero ya no tengo mas que eso!

Sus ojos, arrasados en lágrimas, se rehusaron á leer las letras trazadas en las páginas de su cartera.

EL INTERROGATORIO.

Después de un momento de silencio, durante el cual el tímido agente de policía se limpió los ojos con el reverso de la mano, dijo:

—Señor, tengo mucho que revelaros, y espero que tratateis favorable-

mente á un desgraciado..... No sé regatear; os diré todo lo que sé; de un solo golpe, con la seguridad de que un digno magistrado como vos, no abusará de mi buena fe..... Acordaos de que tengo que mantener.....

Johann dió una patada.

El número 133 se interrumpió, y comenzó.....

—A la hora en que os hablo, si os dais prisa, es tal vez tiempo de poner orden á todo: un atrevido joven, que ha recorrido en otro tiempo la Sicilia y las Calabrias, con el nombre del caballero de Athol, y que sirve ó manda hoy á los Compañeros del Silencio, vaga en torno del Castello Vecchio para libertar al prisionero á quien deben ejecutar mañana..... Va seguido de una muger, que usa el traje de vendedora de naranjas, y millares de misteriosos soldados no aguardan mas que una señal de su mano.....

—Adelante! dijo desdeñosamente Johann. El último de mis agentes sabe dónde hallaría á Beldemonio y á Fiamma, su querida.

—Por qué, pues, no los cojen entonces? preguntó el agente candorosamente.

—No eres buen cazador, amigo, si no sabes distinguir el halcon salvaje del halcon cazador.....

—Cómo, exclamó el número 133, Beldemonio estará con vosotros!

Johann prorumpió en una carcajada.

—Crees que te hemos estado esperando para tener una policía? dijo. Tus descubrimientos no valen un centavo..... Adelante!

—Señor, os ruego que me escuseis..... la esperiencia vendrá.....

—Cuando llegue la esperiencia, amigo 133, replicó Johann, sabrás que no es bueno amenazar á un hombre como yo..... En tus cartas, cuyo estilo seria apenas perdonable en un niño de cinco años, hablas del ministro y del rey..... Todos los que han procurado ir directamente al uno ó al otro, han acabado mal, te lo prevengo.

—Me será permitido preguntar por qué, señor?

—Porque no me gusta eso, respondió Johann secamente.

—Señor, basta..... yo ignoraba.....

—Adelante..... dáte prisa!

El número 133 replicó con una voz temblorosa:

—Cuando me atreví á escribiros por la primera vez, señor, tenia yo mi plan. Sabia que S. M. el rey Fernando, el príncipe Francisco, y vos, por consecuencia, estábais muy preocupados con esa asociacion tenebrosa y potente.....

—Nada de palabrotas, amigo..... al grano!

—En buen italiano, señor—dijo el agente, que se mosqueó con aque-

llas duras palabras—sabía que la historia de Mario Monteleone vuelve á estar á la orden del día!

—Y tú conoces ese negocio?

—Un poco, señor.

—No es bastante!

—Dejadme hablar, os ruego..... El rey no ignora que él es el origen de la hermandad del Silencio..... El rey sabe que espíritu de bandolerismo se ha ocultado bajo la máscara de la venganza..... El rey busca á los Compañeros del Silencio para castigarlos, pero busca también á la viuda y á los hijos de Mario Monteleone, para devolverles sus títulos y bienes.

—Y esperas tú ganar el dinero espionando al rey, amigo?

—Dejadme hablar, señor, repitió el número 133 con un tono sumiso, pero firme; espero ganar el dinero sirviendo al rey, conforme á sus deseos y su voluntad..... No me espantais vos, porque sé bien que bajo vuestra dureza, hay una grande equidad, así como un profundo afecto hácia nuestros príncipes..... Quereis que os hable de la viuda y de los hijos de Mario Monteleone?

Johann no respondió luego luego, porque comprendió que su emoción se revelaría en su voz.

En estos momentos era cuando su gariton le prestaba preciosos servicios.

Sin el gariton, el número 133 hubiera visto su flaco rostro estremecerse, y un relámpago brillar en sus ojos.

—Habla, dijo al fin Spurzheim, afectando indiferencia.

—Los dos hijos de Mario Monteleone no han recibido jamás la menor muestra de interés de parte de esos pretendidos vengadores de su padre, los Compañeros del Silencio.

—Desde cuándo han dejado la Sicilia?

—Ah!..... dijo el agente cortado. Vuestra excelencia sabe que han vivido en Sicilia?

—Mi excelencia sabe mucho más que tú, sobre todo, amigo mío; y me parece que te irás convenciendo, de que no es tan fácil engañarme..... Sé que habia antes en Sicilia un jóven y una muchacha, educados por un quidam llamado Manuele Giudicelli..... Ese buen hombre intentó dar algunos pasos en la corte..... pero para reclamar una herencia se necesitan títulos..... y ese Manuele jamás ha podido presentarlos.

Al decir esto, Johann clavaba una mirada aguda sobre el número 133.

No sé qué idea acababa de brotar en ese momento en el cerebro de éste; pero hubiera dado la mitad de su sangre, por distinguir el rostro del directo de la policía real.

Vano deseo! Johann había corrido de ambos lados del sillón las cortinas de seda verde, que estaban puestas allí para proteger su vista contra el resplandor demasiado vivo de la lámpara.

Estaba literalmente invisible.

—Lo que no se ha podido hacer hoy, se hará mañana! respondió lentamente el número 133.

Lo cual dió motivo á esta pregunta de Johann:

—Tienes algunas relaciones tú, con ese Manuele Giudicelli?

—No, respondió el agente sin titubear.

Y hubo un momento de silencio.

—Es eso todo lo que tenias que decirme?

—No lo quiera Dios, señor! exclamó el número 133; porque temeria no haber ganado hasta hoy mi salario..... y yo necesito un salario, señor!..... lo necesito á toda costa!.....

—Ya te escuchó..... pero dime antes si esos dos jóvenes de que hablábamos hace un momento, están ahora en Nápoles.

—Señor, contestó el número 133, mis dos hijos, ó mas bien, los dos hijos de mis antiguos amos, han sido educados cerca de Catania, en la misma aldea que éstos..... hé aquí cómo he conocido á esos jóvenes, que se dice son los herederos de Monteleone..... No les profeso interés, sino por la amistad que habia entre ellos y mis hijos..... La última vez que los ví, fué allá en la Calabria ulterior segunda, en la aldea del Martorello.

—Qué ibas tú á hacer á ese país?

—Está en el camino de Sicilia..... y traia yo á mis hijos de Catania á Nápoles.

—Entonces, tus hijos están aquí?

—Si señor.

—Adelante!..... y no perdamos tiempo!

El número 133 se recogió durante un segundo.

—Si el gobierno del rey puede negar la identidad del hijo y de la hija de Mario Monteleone—replicó—porque no traen consigo el acta de su nacimiento, no sucederá lo mismo, supongo, respecto á la viuda de noble conde.....

—Será posible que conozcas su retiro! exclamó Johann, con una viveza de que se arrepintió luego, porque se apresuró á añadir:

—Pero ya van veinte veces que los impostores vienen á hablarnos de eso.

—Yo no soy un impostor! pronunció sencillamente el número 133.

—Y qué quieres tú decirme de la viuda de Monteleone?

—Quiero deciros que está en Nápoles.

Y oyó que Spurzheim daba un brinco sobre su sillón.

—Estás seguro? preguntó Johann.

—Estoy perfectamente seguro.

—Quién te lo ha dicho?

—Yo la he visto.

—Cuándo la viste?

—Esta mañana.

—Cerca del ministerio?

—En el puerto mismol.

Johann puso un dedo sobre su frente, entre ambos ojos, y cayó en una profunda meditación.

—Pobre Bárbara! pensaba; no es culpa mia..... á la hora de esta, mi caja de pastillas debe estar sobre su mesa de noche.

Como si la casualidad hubiera querido responder á aquella duda que se formaba en su espíritu, en aquel momento tocaron con suavidad en la puerta interior del gabinete, la misma por donde Pier Falcone había salido, y que Johann cerrara él mismo con cerrojo.

Era Pier Falcone que volvía—no podía ser otro.

—Qué hay de nuevo, amigo mio? le gritó Johann desde su lugar.

Y añadió, por precaución:

—No estoy solo.

—Vuestra comision está hecha, señor, respondió Falcone.

—Está bien..... está muy bien, amigo mio..... Id á esperarme á mi recámara..... Estoy con vos.

Se oyó al doctor subir la escalera.

—Lo que me dices debe ser cierto, camarada, dijo Spurzheim dirigiéndose al agente; pero no andas con fortuna..... otro me lo había dicho antes que tú.

—Y ese otro os ha revelado tambien de dónde viene la condesa de Monteleone, señor?

—No! exclamó Spurzheim vivamente; te confieso que eso sí será nuevo.

—Espero revelar á vuesaencia, cosas aun mas importantes; repuso el número 133. María de los Amalfi viene de Francia.

—Y ha permanecido allí mucho tiempo?

—Desde el dia de Octubre anterior en que se celebró el aniversario de Monteleone en la basílica del Corpo-Santo.

—Fué robada esa noche misma?

—Y embarcada á la mañana siguiente.

—Y ese viaje á Francia, tenia algun objeto?

—Uno muy grande!..... Hay en Marsella un médico muy célebre, el doctor Daniel Bach, discípulo y compatriota de ese génio asombroso, Samuel Hahemann, que acaba de crear una ciencia nueva..... Da-

niel Bach, así como su maestro, tiene armas desconocidas para combatir y vencer esas plagas enemigas del hombre: la enfermedad, la locura, la muerte.....

—Espera!..... le mandó Johann.

Y se agitaba en su sillón.

—Toma una pluma y papel de mi bufete, añadió. Ese médico ha hecho buenas curaciones?

—Ha curado de la locura á la condesa de Monteleone, replicó el agente.

Johann dejó escapar una exclamacion de sorpresa.

Si el número 133 hubiera podido verlo en aquel momento, habria tenido trabajos en definir bien la expresion de su fisonomía.

Habia en ella placer, y contrariedad al propio tiempo.

—Será mucho mas difícil..... murmuraba entre dientes. Sentiré infinito á la pobre Bárbara.

—Ya tengo aquí la pluma y el papel, dijo el agente.

—Pues escribeme, con letra clara, y con exactitud sobre todo, el nombre y la habitacion de ese médico de Marsella..... conozco á uno que está muy enfermo..... aun cuando á decir verdad, no está en peligro de muerte!

El agente escribió:

“Doctor Daniel Bach; calle de los Cartujos número 4.”

Johann ni siquiera le preguntó cómo habia tenido ocasion de conocer á ese doctor.

Le dijo:

—Amigo mio, nada mas por esa noticia soy tu deudor. Serás recompensado; continúa!

—He dicho todo lo que sabia acerca de ese punto, señor.

—Cómo! exclamó Johann; ignoras el nombre del que embarcó á la condesa Maria para Francia?

—Lo ignoro.

—Y quién la ha traído ahora?

—El patron del *Pausilippo*.

—Por cuenta de quién?

—Se lo he preguntado, señor..... pero se ha negado á decírmelo.

—Yo lo interrogaré mañana.

—Ha partido esta misma noche.

—María de los Amalfi venia sola á bordo?

—Sola con una camarista..... ó mas bien, con una señorita de compañía.

—Y viste á ésta?

—Sí señor.

—Dame sus señas?

—Jóven, vivaracha, risueña, morena, muy bonita.

—Y ninguna seña particular?

—La parte inferior de los párpados señalada, como los tienen todas las muchachas gitanas..... las cejas muy pobladas..... un ligero bozo sobre el lábio superior.

Johann reflexionaba.

—Das bien las señas, camarada, dijo: y nadie vino á recibirlas al muelle?

—Si tal, señor.

—Un hombre?

—Un jóven.

—Lo conoces tú?

—No señor..... é hice vanos esfuerzos por conocerlo.

—Hace mucho que estás en Nápoles?

—Ocho dias.

—Entonces, no es extraño que no conozcas á la persona de quien me hablas.

—Lo conocéis vos, señor? preguntó el agente, cuya mirada revelaba la mas vehemente curiosidad.

—Tal vez, camarada..... Y cómo es ese jóven?

—Alto, elegante, altivo, y de una belleza tal, que no sé con quién compararlo.

—Las gentes del pueblo que estaban allí, participaban de tu ignorancia?

—Al contrario, señor..... le conocian tanto, que se me rieron en las barbas cuando pregunté su nombre.

—Y cómo le designaban entre ellos?

—Llamábanle el príncipe!

Johann se sonrió entre las sombras de su gariton.

—Amigo mio, le dijo, creo conocer á nuestro hombre..... Por lo que respecta á tí, te escito á que tengas cuidado..... Tú me ocultas algo.

—Os equivocais, señor.

—Segun el interes que te inspira la condesa de Monteleone, interes que me has revelado, es imposible—me entiendes?—es imposible que no hayas hecho esfuerzos por seguir á su misterioso caballero.

Hacia ya algunos minutos que la voz del director de policia se iba apagando poco á poco. Sufria en su oscuro agujero pequeños accesos de tos, seca y penosa. Hacia una hora que aquel hombre, que no hubiera uno creído que pudiese recitar un *credo* entero, hablaba y se movia sin cesar.

A pesar del valor extraordinario de su naturaleza moral, la debilidad le dominaba.

—Señor, le respondió el agente, habeis adivinado la verdad. He procurado seguir á ese á quien llamaban el príncipe, y á pesar de la rapidez con que corria su magnífico coche, habia logrado no perderle de vista..... pero me sucedió una cosa en el camino..... que naturalmente iba á contarla á vuesencia.

Tengo un antiguo amigo, que está empleado en el ministerio. Habeis de estar, señor, que en el ministerio se ocupan de un gran negocio.

—Qué negocio, camarada? preguntó negligentemente Johann.

—Se ocupan, señor, de reunir las piezas para un proceso que debe formarse á un hombre muy poderoso, que ocupa un puesto sumamente importante..... y que sospechan está traicionando la confianza del gobierno y del rey.

Las paredes del confesonario temblaron. Johann debió haberse estremecido muy violentamente.

IX.

EL FIN DEL INTERROGATORIO.

PARECE que el señor Johann Spurzheim se interesaba por ese alto dignatario, que se sospechaba habia traicionado la confianza del gobierno y del rey, porque replicó:

—Cuéntame eso con todos sus pormenores, camarada..... Los antiguos empleados son habladores..... tu amigo del ministerio debe haberte dicho muchas cosas acerca de ese gran asunto.

A pesar de todas sus precauciones para ocultarse, á pesar del tono de indiferencia que daba á su voz, Johann no hubiera logrado disimular su emocion, si hubiera estado enfrente de un observador; pero el número 133, ya sabemos que pecaba por sencillo.

Tenia, ademas, gran prisa por concluir, porque su presencia era necesaria en otra parte.

Por último, la alteración de la voz de Johann Spurzheim había sido gradual y progresiva. El número 133 lo notaba hacia rato ya, y podía confundir estos dos hechos: el cansancio, cada vez mayor del director de policía, y su turbación repentina.

—Es que murmuró el agente embarazado; me han confiado eso, esclencia, bajo el sigilo del secreto.

—Es, pues, una cosa muy grave? preguntó el director.

—Me parece excesivamente grave.

—Pronunciaron delante de tí el nombre de ese funcionario?

—No señor.

—No te indicaron qué empleo ocupa?

—Tampoco.

Johann respiró en su antro.

—Amigo mio—replicó, sin tener necesidad de fingir por esta vez—estoy muy cansado. Nuestra conversacion ha durado mucho. no quiero un agente como vos, á quien es necesario sacar las palabras con tirabuzon. Os negais, por lo visto, á responder á mis preguntas; en consecuencia, no mereceis ningun salario. Retiraos, y que Dios os guarde.

El pobre número 133 quedó atarantado.

Sus párpados se estremecieron, irritados con las lágrimas que brotaron.

—Señor! señor! exclamó; tened piedad de mí! no me despidais! Es cierto que no soy un espía comun. vendo mi conciencia en esta hora, que lloraré toda mi vida, porque no encuentro á quien venderle la poca sangre que me resta! He querido hacerme soldado, señor. miraron mi frente calva, y se rieron de mí! He querido trabajar. han mirado mis brazos enflaquecidos y mis manos temblorosas. y se han burlado tambien de mí! He querido pedir limosna. pero soy mal mendigo, y nadie me ha dado limosna. Señor! os diré todo lo que sé. por Dios, no me despidais!

Parécenos que al señor Spurzheim se le daba una higa de aquellos ruegos.

—Habla, pues, camarada—respondió no obstante—y no me obligues á estarte preguntando sin cesar. Ya te lo he dicho. si quedo contento de tí, te pagaré generosamente!

—Señor, replicó el número 133, despues de haberse recogido un instante; voy á contaros todo lo que sé, todo lo que ha pasado entre yo y mi antiguo amigo. Segula lo mejor que podia el coche de que he hablado, cuando al fin de la calle de Toledo oí que me hablaban por

mi nombre. No exigireis, señor, supongo, que os diga el del pobre empleado?

—No. con mil diablos no! Despáchate!

—Tú, que eres calabrés, me dijo el empleado, no conocerias á Battista Giubetti, el antiguo postillon de Monteleone?

—Yo le respondí: Le conocí en otro tiempo!

—Sabes dónde vive?

—Hace algunos meses que no le he visto, é ignoraba que estuviese en Nápoles.

—El pobre diablo—me dijo mi antiguo camarada—abandonó su pais, despues de haber perdido á su muger, Giannina la bella, que le fué robada por uno de esos siniestros pícaros, los *Cavalieri Ferrai*.

—Cuál? pregunté yo, porque he conocido á los pícaros de quienes hablaba.

—El capitan Luca Tristany.

—Y para qué buscas tú á Battista Giubetti?

—Porque ha sido Compañero del Silencio, y ha jurado venganza contra sus antiguos jefes. El es el único á quien conozco que pueda traducirnos unas cifras que nos tienen bastante preocupados.—

—Escribeme ese nombre de Battista Giubetti—le mandó Johann al agente.—Apúntamelo debajo del nombre de ese médico marsellés. Creo que lo he encontrado en alguno de mis viajes por el Sur de la Italia. Era un muchachon alegre.

—Un hermoso jóven, señor. Alegre, en efecto, como todos los que tienen buena conciencia, antes de que le hubieran arrebatado su dicha.

—Escribe. Espero hacer algo en favor de ese pobre Battista. Y luego?

—Vuesencia tiene muy buen corazon. murmuró el agente enternecido.

Y despues continuó:

—Ignoraba dónde viviese esa Battista Giubetti; pero una idea se me acababa de ocurrir. En una época bastante lejana, cuando los Compañeros del Silencio se llamaban los Hermanos del Carbon y del Hierro, fuí iniciado en sus misterios.

—Ah! ah! dijo Johann como á pesar suyo.

—Si señor. pero era entonces una asociacion de cristianos, gobernada por un justo. Hay aún en las Calabrias gentes que se acuerdan de esto. El santo Mario Monteleone no tenia mas que un enemigo: la miseria, hija de la pereza y del vicio!

—Adelante! dijo Johann.

—Como yo no tenia mas que una idea, prosiguió el agente; ganar

dinero por cualquier medio que fuese, dije á mi hombre: Si quereis, yo procuraré traducir vuestras cifras.

—Serias capaz de hacerlo? exclamó.

—Si son las antiguas cifras de los *Cavalieri Ferrai*, respondí yó, sí podré hacerlo!

—Y nos darás la llave?

—Vacilé un instante, señor; pero como en definitiva, las gentes que se sirven ahora de esas cifras, son unos odiosos bandidos, pensé que podía hacerlo en conciencia.

—Amigo mio, dijo Johann con unción, eres un hombre honrado, y apruebo muy mucho tu conducta.

—Me alegro infinito, señor, y la aprobacion de un hombre como vos, me llena de orgullo..... El antiguo empleado traia consigo las piezas escritas con cifras, para el caso de que hubiera logrado hallar á Battista Giubetti..... Entramos al paso en la *Corona di Ferro*, y me las enseñó..... Era, en efecto, el alfabeto de los *Cavalieri Ferrai*.

—Y las piezas? preguntó Johann.

—Las piezas consistian en cuatro notas; dos de Lóndres, una de Paris y otra de Marsella....

—Dirigidas á quién?

—Al gran funcionario en cuestion.

—Entonces sabes su nombre?

—Señor, cada una de esas piezas debió llegar bajo cubierta..... y no ví yo las cubiertas.

—Bien explicado, amigo, dijo Johann, si no es la verdad!

—Es la esacta verdad, señor! respondió el número 133.

Johann replicó:

—Y cómo habian caido en las manos de tu viejo camarada esas piezas de que vamos á hablar?

—Pues de una manera muy sencilla, señor..... El alto funcionario está ausente del ministerio, en donde tiene su despacho..... Un viaje, una enfermedad..... yo no sé..... Las piezas le fueron dirigidas al ministerio, y la primera fué abierta por error....

—Y las demás de propósito?

—Se entiende..... como todas las que en lo sucesivo le lleguen.

—Muy bien!..... Volvamos á las piezas..... Las tradujiste luego, luego?

—No señor..... Hace ya mucho tiempo, figuraos, que todas esas cosas se me han ido de la memoria..... Rogué á mi amigo que me confiara las piezas, á fin de que pudiera combinar mi llave con todo descanso y con la cabeza tranquila.

—Cuánto tiempo pediste para eso?

—Un dia.

—Debes devolverlas, pues, mañana?

—Si señor.

—Entonces, exclamó Johann con un singular acento de triunfo, las traes contigo..... Dámelas.

El número 133, cogido en el lazo de sus propias respuestas, no obedeció.

—Señor, dijo, me es eso absolutamente imposible..... El oficio que desempeño en este momento, puede no ser el de un hombre de honor..... Pero tengo honor..... Las piezas no me pertenecen..... Si quisieran quitármelas por fuerza, las defenderia hasta el último momento de mi vida.

Johann prorumpió en el fondo de su sillón en su tocecilla seca y estridente.

—Medio espía, murmuró, medio caballero andante, eres muy chistoso, y me diviertes..... Nadie te quitará por la fuerza tus papelotes, no tengas cuidado..... Pero sí vas á decirme su contenido.

—Señor.....

—Ah!..... nada de réplicas, por ahora! pronunció duramente el director de la policía.

Y añadió, mientras que el pobre diablo titubeaba:

—Que loco eres!..... piensas que no sé yo esas cosas mucho mejor que tú.... El empleado que te ha franqueado esas piezas, es el viejo Benedetto Guerra. Acaba de salir de aquí, y á causa de su presencia es por lo que te dejé tocar hace poco.

El pobre agente no podia imaginarse que el director le contaba una audaz mentira.

El empleado que le habia confiado la mision de traducir las cifras, era en efecto Benedetto Guerra.

Johann habia atinado.

—Si es así, señor, dijo el agente con un resto de repugnancia, no tengo nada que ocultaros..... Tampoco hay necesidad de contaros la historia, puesto que la sabeis.

—Las piezas! le interrumpió Johann. Enséñame las piezas, ó léemelas, como gustes.

El número 133 abrió unas de las bolsas de su cartera, y tomó de ella cinco cuartillas de papel, de las cuales desdobló la primera.

—Esta es la llave! dijo.

—Veamos la llave, dijo Johann, que ahogó un bostezo.

Hacia todo esto por sostener su papel.

—La llave está formada, continuó el agente, con las letras que componen el primer verso de la cancion de Fioravante, que sirve tambien

de señal de llamamiento y de contraseña á los Compañeros del Silencio:

Amici, alliegre andiamo alla pena!.....

Si vuesaencia quiere el alfabeto, héle aquí.

Johann sacó la mano fuera del sillón.

Al ver aquella mano aplomada, arrugada, retorcida como un gárfio, horriblemente descarnada, y que en realidad parecía salir de la tumba, el agente dejó caer la hoja de papel, y lanzó un grito de asombro.

—Levanta eso, dijo Johann con su risa estridente; no tengo los dedos torneados, es verdad..... pero yo soy todo nervios, amigo mio, y deseo que vivas tanto como yo!

El número 133 levantó la hoja y se la dió.

Aquella hoja de papel contenia tan solo el alfabeto del Silencio, ordenado de este modo: las letras del alfabeto comun, frente á las letras cabalísticas, que todas eran mayúsculas.

a — A

b — M

c — I

d — C

e — I²

f — A²

g — L

h — L²

i — I³

j — E

k — G

l — R

m — E²

n — A³

o — N

p — D

q — I⁴

r — A⁴

s — M²

t — O

u — A⁵

v — L³

x — L⁴

y — A⁶

z — P

ñ — E³

—Muy curioso! dijo Johann, despues de haber mirado el papel. Muy curioso!..... Me parece que yo tengo en mi poder muchas piezas escritas de ese modo..... Vaya! todo eso era para mí sanscrito..... Sois un hombre precioso, amigo,..... de hoy en mas, el gobierno del rey va á sorprender fácilmente todos los secretos de esos miserables.

—Así se espera! respondió el agente, que se veia engrandecer.

La mano cadavérica salió por segunda vez de entre las sombras del sillón.

Tenia un papel diverso del que le habia dado el número 133.

—Son las mismas cifras! exclamó éste, tan luego como hubo fijado en él la vista.

—Me traen de esto de tiempo en tiempo, pronunció Johann con cierto dengue. Tened la bondad de descifrarne ese, que cogieron en el correo hace poco.

El número 133 leyó las primeras palabras, y se puso muy pálido.

—Qué sucede!..... dijo el director de la policía real; leed en voz alta..... que quiero saber el contenido!

Su ojo, medio cerrado, de donde se escapaba un rayo verdaderamente satánico, estaba fijo en el pobre agente, que temblaba.

Leyó, sin embargo:

“Se participa á David Heimer, que Manuele Giudicelli está en Nápoles, con los dos niños de Catania.”

—David Heimer! exclamó Johann fingiendo sorpresa; era uno de los Caballeros Herreros.

—Ya lo hallaremos, señor! exclamó por su parte el agente con una singular pasion. Por Dios Santo! Si está en Nápoles, no se nos escapará!

—Lo conoceis? preguntó Johann.

—Sí lo conozco!..... sí conozco á David Heimer!

—Teneis contra él alguna animosidad particular.

La sangre se habia subido á las mejillas del agente, que hacia visibles esfuerzos por conservar su calma.

—Que Dios me perdone!..... murmuró. No sé mentir..... lo aborrezco de muerte!.....

Johann jugaba dulcemente dentro de su confesonario con sus pulgares, haciendo girar el uno en torno del otro.

Y se sonreia.

Pero su sonrisa era de tigre.

—Veamos la primer pieza! dijo.

—La primer pieza, señor, respondió el agente, está fechada en Londres. Anuncia á ese corresponsal desconocido, el elevado funcionario, que un diamante de un precio inestimable, el *Pundjaub*, sustraído por

un trabajador en las minas del Mogol, ha sido ofrecido al rey de Inglaterra por el consejo de la Compañía de Indias, y que el diamante se está tallando en casa de un célebre lapidario de París.—Se pregunta, si S. M. el rey Fernando de Nápoles compraría ese diamante, en el caso de que se lograra haberlo. Esta primera carta está firmada por Brown y necesitaba una respuesta.

—Tengo una copia de la respuesta! dijo Johann.

Y añalió casi inmediatamente:

—Esos pobres tontos del ministerio han creído hacer un famoso descubrimiento!.....

—Os haré observar, señor, replicó el agente, que sus señorías no saben siquiera de lo que se trata..... Yo soy quien debe irles á aclarar mañana el enigma! Sus sospechas no tienen por objeto, mas que al elevado funcionario.....

La risa de Johann se dejó oír.

—Entonces, dijo, estás bien seguro de que no tienen el mas leve conocimiento del asunto?

—Ni la mas ligera idea.

Johann tomó de su seno aquella llavecita que pendia de un cordón de seda.

La aproximó á una cerradura, colocada al alcance de su mano en una de las paredes del confesonario.

Pero no la introdujo de una vez; y variando de idea:

—Veamos las otras piezas! dijo.

—La segunda, contestó el agente, está fechada en París, y firmada por ese mismo nombre de Brown. Dice, en sustancia, que ha costado mil quinientos lises fabricar y tallar un diamante falso, exactamente semejante al *Pundjaub*; que el diamante falso ha sido sustituido al verdadero *Pundjaub* en el obrador del lapidario, y que solo se espera dinero para encaminarlo hácia Nápoles.

—No hay una crucecita con tinta roja en el original? preguntó Johann.

—Lo ha visto vuesencia! dijo el agente estupefacto.

—Ah! qué bien servido está el rey por esos hábiles del ministerio! murmuró Spurzheim con un supremo desden. Veamos la tercera.

—Fechada en Marsella, señor, y firmada por Brown. El falso diamante ha partido para Lóndres; el verdadero viaja rumbo á Nápoles. Se le cederá á S. M. mediante una suma de 1.500,000 ducados, al cambio de 4 francos 25 centavos el ducado, moneda de Francia.

—Lo cual produce 6.375,000 francos (1.275,000 pesos) dijo Johann. No es caro, por un diamante de 176 quilates..... Ahora, veamos la cuarta pieza.

—Trae esta nota, dijo el agente: *No debe comunicarse á nadie, ni aun á los señores del Silencio.*

Johann se agitó en su sillón, y dejó escapar estas palabras:

—Esa no la conozco yo!

—Esta cuarta pieza, dijo el agente, no tiene firma, ni direccion. No fué tampoco cojida como las otras. Se la halló en la habitacion de un marino del puerto, que no ha podido ser aprehendido, y que se llama Sansovina.

—Y qué dice esa carta? preguntó Johann con impaciencia.

—Una cosa muy estraña, señor..... Dice que ese Brown, ausente ya de Marsella, y en marcha para Nápoles, cree de buena fe ser portador del verdadero diamante el *Pundjaub*.

—Y que se engaña?.....

—Y que se engaña..... pues el verdadero *Pundjaub* ha sido vendido al emperador de Rusia, por la suma de cuatro millones de rublos.....

—Sea en buena hora! exclamó Johann. Ya sabemos bastante, camarada..... Mete tus papeles en el bolsillo; no tengo que hacer con ellos..... Yo soy quien va á revelarte ahora algo..... Pero antes, quiero pagarte, porque te has manejado servidor inteligente y sumiso..... Tienes mucho empeño en ocultarme tu nombre?

—Muchísimo empeño, señor.

La llave de Johann rechinó dentro de la chapa.

—Como gustes! como gustes! dijo Spurzheim. Sin embargo, es preciso que yo sepa á dónde dirigirte mis mensajes, en caso de que tenga necesidad de tí?

—No tengo casa, señor, respondió el agente.

—Duermes al aire libre?

—Todas las noches..... en el Sotto-Portico de San Antonio!

—Hermoso pais este de Nápoles! dijo Johann dando vuelta á la llave de la cerradura. Hermoso pais, en donde son posibles semejantes costumbres!..... Y si te escribiera yo á casa de tus hijos?

—Entonces llegarían hasta mí vuestros mensajes.

—Ellos no duermen al aire libre?

—Oh!..... señor..... dijo el pobre hombre con un tono picado.

—En dónde viven tus hijos?

—En la casa de los Folquieri, calle de Mantua.

—Apúntame eso, camarada, debajo del nombre de Battista.....

No tengo buena memoria.

Mientras que el agente escribía, oyó un ruido de monedas de oro.

Pensó, con el corazón lleno de contento:

—Mañana, los niños tendrán pan!

Johann Spurzheim había abierto el armario interior ó caja que tenía en su confesionario.

Adentro era donde el oro había sonado.

Pero en vez de haber tomado oro de allí, Johann había sacado un objeto de bastante volúmen y de una forma singular. Era una especie de caja, terminada por un tubo de dos piés de longitud.

Johann comenzó á trabajar en un tornillo que estaba en el centro de la caja. Varias veces suspendió su tarea, para continuarla despues, por que la fatiga le agobiaba.

Al trabajar decía:

—Esas buenas gentes del ministerio van á quedar mañana muy sorprendidas, cuando les cuentes el contenido de esas piezas....

—Su excelencia tiene algo que decirme, le interrumpió el agente, que se enderezaba despues de haber apuntado el nombre de la casa en que vivian sus hijos.

—Nada!..... Podrás sacarle á eso todas las ventajas que quieras. A mí, camarada, á mí, director de la policía, es á quien esas piezas venian dirigidas.

—A vos, señor! exclamó el número 133 estupefacto; pues entonces.....

—Entonces, pobre hijo mio, esos tontos del ministerio van á quedar con un palmo de narices..... Ya tengo en mi poder á ese Brown y su falso diamante.

Había apoyado la caja contra su hombro; el tubo se dirigia hácia el pecho del agente.

Parecía, de veras, que el director de la policía le apuntaba al pobre hombre con aquel raro instrumento.

—Pues no es eso todo, dijo; además del dinero que voy á darte, y que has merecido tan bien, camarada, puedo darte una buena noticia....

Con su mano izquierda movía el oro en el fondo de la caja.

El agente se aproximó involuntariamente al oír aquel ruido.

El pobre hombre estaba muy conmovido. Una idea fija ocupaba todo su corazón.

Sus hijos! Aquel oro que sonaba era para sus hijos!

Para sus hijos, que se morían en la mas horrible miseria!.....

—Ese David Heimer que aborreces, y que buscas, prosiguió Johann, está enfermo..... no tiene ya más que el aliento..... Te bastaría un soplo para aplastarlo!.....

—Sabeis en dónde está, señor?

—Está aquí, camarada..... á dos pasos de tí..... Yo soy!

El agente hizo un movimiento como para lanzarse.

Johann, sin variar la dirección de su estraña máquina, tiró de una lengüeta.

El agente cayó, llevando sus dos manos al pecho, y lanzando un débil grito, uno solo!

La máquina había producido un pequeño silbido, semejante al de una máquina neumática.

Un silencio de algunos instantes, silencio de muerte, puede decirse, reinó en el gabinete del director de la policía real.

Luego se oyó que suspiraba; y despues aquella risa estridente.

—Soy mas fuerte que ellos! murmuró. Yo los enterraré á todos!...

X.

LA MULETA DEL SEÑOR JOHANN SPURZHEIM.

EL agente de policía número 133 había caído en el sitio mismo en que se hallaba cuando aquel misterioso rayo le había herido, es decir, entre el bufete de Johann Spurzheim, y aquel sillón monumental, que servía al propio tiempo de fortaleza contra los vientos colados y contra las miradas indiscretas.

Al cabo de algunos segundos, se hubiera podido ver aquella cabeza disecada del director de la policía real, salir poco á poco de entre las sombras, á dos piés de altura cuando mas del suelo.

Johann se arrastraba sobre sus manos y sus rodillas.

La fatiga le hacía respirar con ruido.

La luz de la lámpara, que al presente caía de arriba á abajo sobre su cráneo calvo, dejaba percibir cierto matiz lívido y apergaminado, en el cual había manchas como de ceniza.